

Pinyata

H. C. Andersen  
il·lustracions de Gianni de Conno

# EL SOLDADET DE PLOM



Vicens Vives



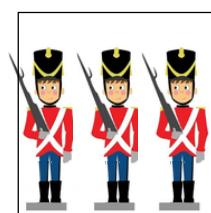
CUMPLEAÑOS



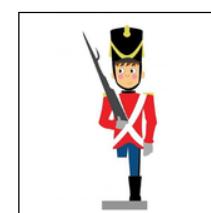
REGALO

**25**

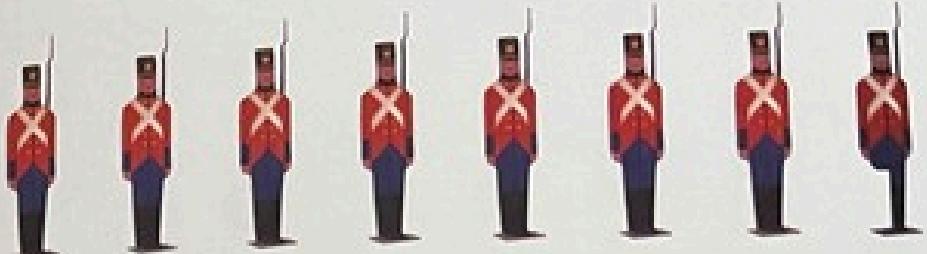
VEINTICINCO



SOLDADITOS DE PLOMO



UNO QUE LE FALTABA UNA  
PIERNA



(pàgina 5)

Soldaditos de plomo! —gritó el niño, saltando y golpeando las manos, de tan contento como estaba. Le habían regalado los soldaditos porque era su cumpleaños, y enseguida empezó a ponerlos todos en hilera sobre la mesa.

En la caja había veinticinco soldaditos de plomo, y todos eran hermanos, porque los habían hecho de la misma cuchara de plomo. Llevaban un fusil en la espalda, miraban fijamente adelante y lucían unos uniformes de color azul y rojo muy elegantes.

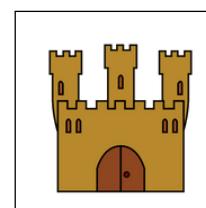
Todos los soldaditos eran iguales excepto uno, que sólo tenía una pierna: lo habían puesto el último en el molde, cuando ya no quedaba suficiente plomo. Pero se mantenía tan firme sobre su única pierna como cualquiera de los otros sobre dos. Y él es precisamente el héroe de esta historia.



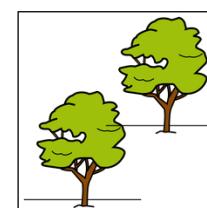
En la mesa donde se alineaban los soldados, había muchos otros juguetes, pero el que más llamaba la atención era un castillo de cartón precioso. A través de las ventanillas, se podían ver las diferentes estancias, y en el exterior, rodeado de diminutos árboles, había un espejo que representaba un lago. Unos cisnes de cera nadaban, y las aguas calmadas del lago reflejaban su imagen estilizada.



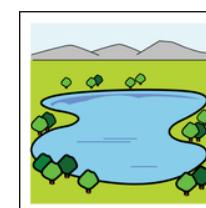
JUGUETES.



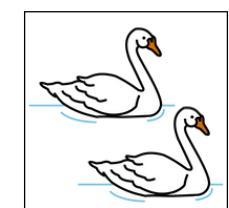
HABÍA UN CASTILLO



CON ÁRBOLES,



UN LAGO



Y CISNES.

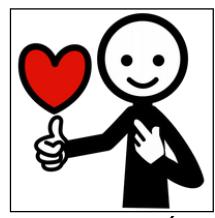
Todo era muy bonito, pero lo más encantador era una señorita que estaba de pie frente a la puerta del castillo. Ella también era de papel recortado, pero llevaba una falda de un tejido muy fino, una cinta azul y delgada sobre los hombros y un brillo tan grande como su cara en la cintura.

La dama extendía los dos brazos hacia delante, porque era bailarina, y levantaba una pierna en el aire, tan alto que el soldadito de plomo no la podía ver y acabó pensando que, como él mismo, sólo tenía una pierna.

«¡Esta es la mujer que necesito!», pensó.

«Pero no sé si me va a aceptar. Ella es demasiado distinguida y vive en un castillo, mientras que yo no tengo más que una caja de cartón que comparto con veinticuatro soldados más. No, la caja no es el sitio más adecuado para una dama. Sin embargo, me gustaría que fuéramos amigos...».

Así pues, se estiró tan largo como era tras una caja de tabaco en polvo que había encima de la mesa; desde allí podría contemplar a sus anchas aquella bella señorita, que seguía erigiéndose sobre una pierna sin perder el equilibrio.



LE GUSTÓ



UNA BAILARINA



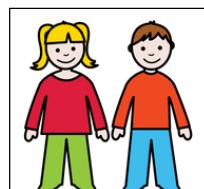
3

Cuando se hizo de noche, los niños guardaron los soldaditos de plomo en la caja y se fueron a dormir. Entonces los juguetes empezaron a jugar. Jugaban a simular que iban a visitar a sus amigos y celebraban una fiesta. Los soldaditos de plomo se agitaban en la caja porque ellos también querían jugar, pero no conseguían levantar la tapa.

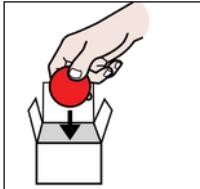
El cascanueces daba volteretas y el yeso escribía tonterías en la pizarra. El altercado fue tan fuerte, que el canario despertó y también empezó a chirriar, aunque él lo hizo en verso.



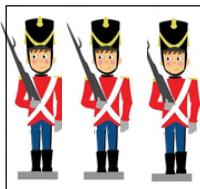
DE NOCHE



LOS NIÑOS



GUARDAR



LOS SOLDADITOS.



JUGUETES



JUGAR.



Los dos únicos que no se movían eran el soldadito de plomo y la pequeña bailarina. Ella se mantenía derecha de puntillas y con los brazos extendidos, y él también estaba firme sobre su única pierna, sin apartar la vista de ella ni un instante.

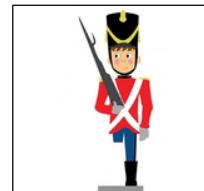
Cuando el reloj tocó las doce, la tapa de la caja de tabaco se levantó de golpe, ¡cataclac!

Pero dentro no había tabaco, sino un pequeño duende negro. Era una caja sorpresa.

—¡Eh, tú, soldadito! —gritó el duende—, ¿por qué no dejas de mirar lo que no te importa?

Pero el soldadito de plomo hizo como quien no oye nada, y siguió contemplando, embobado, la preciosa bailarina.

—¡Ya veo que no quieres hacerme caso...! —exclamó el duende—. ¡Mañana sabrás quién soy yo!



EL SOLDADITO



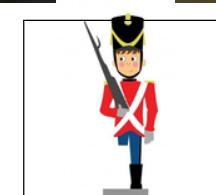
LA BAILARINA



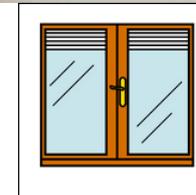
EL DUENDE

4  
Capítulo

LOS NIÑOS



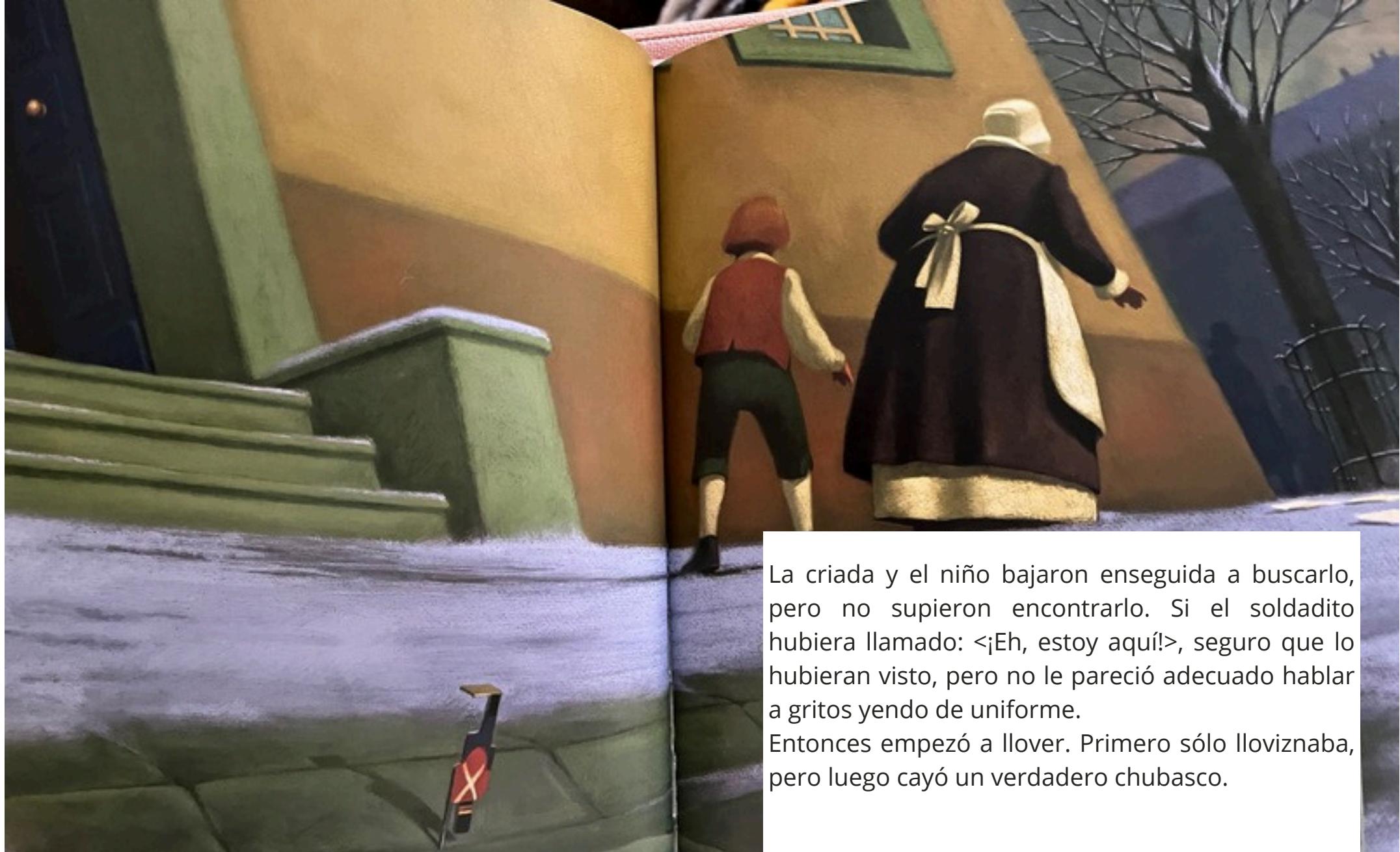
PUSIERON AL SOLDADITO



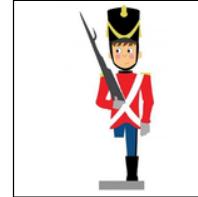
A LA VENTANA.

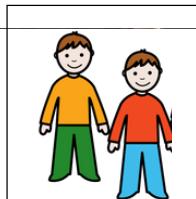
Cuando los niños se levantaron al día siguiente por la mañana, pusieron al soldadito de plomo junto a la ventana, y entonces, o bien empujado por el duende o bien debido a la fuerte corriente de aire, el soldado cayó de cabeza a la calle. ¡Fue una caída terrible! Pobrecito, quedó boca abajo como si hiciera la vertical, con la pierna arriba y el fusil clavado entre los adoquines de la calle.



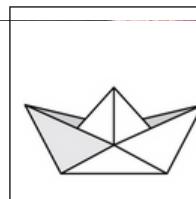


La criada y el niño bajaron enseguida a buscarlo, pero no supieron encontrarlo. Si el soldadito hubiera llamado: <¡Eh, estoy aquí!>, seguro que lo hubieran visto, pero no le pareció adecuado hablar a gritos yendo de uniforme. Entonces empezó a llover. Primero sólo lloviznaba, pero luego cayó un verdadero chubasco.

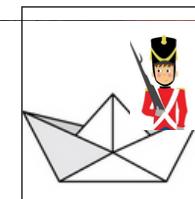




DOS NIÑOS



UN BARCO DE PAPEL.



METIERON AL SOLDADITO DENTRO



Cuando la lluvia cesó, llegaron dos niños.  
-¡Mira! —exclamó uno de ellos— ¡Aquí hay un soldadito de plomo! Vamos a ponerlo a navegar.  
Y luego hicieron un barco con una hoja de diario, metieron al soldadito dentro e hicieron navegar la embarcación por el arroyo que seguía el bordillo.



Los dos niños corrían a su lado, dando palmas. ¡Dios mío, qué olas más grandes se formaban en el arroyo, y qué corriente más fuerte! El barco de papel se inclinaba peligrosamente a uno y otro lado, y se giraba tan rápido que el soldadito de plomo acabó medio mareado.

Pero él seguía tan firme como siempre, sin ni siquiera parpadear, con la mirada fija hacia delante y el fusil en la espalda.

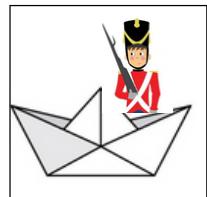
De repente, el barco cayó por una alcantarilla. ¡Oh, qué oscuro era todo, tan oscuro como en su caja! «¿Y ahora dónde iré a parar?», se preguntó el soldadito. «¡Seguro que todo lo que me está pasando es culpa del duende! Oh, si la pequeña bailarina estuviera conmigo, no me importaría que este sitio oscuro fuera más oscuro todavía».

Entonces surgió del agua una rata muy grande que vivía en las cloacas.

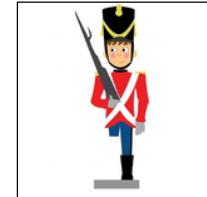
—¿Tienes pasaporte? —le preguntó la rata—.

¡Venga, va, enséñame el pasaporte!

Pero el soldadito de plomo no contestó y sujetó el fusil con mayor fuerza.



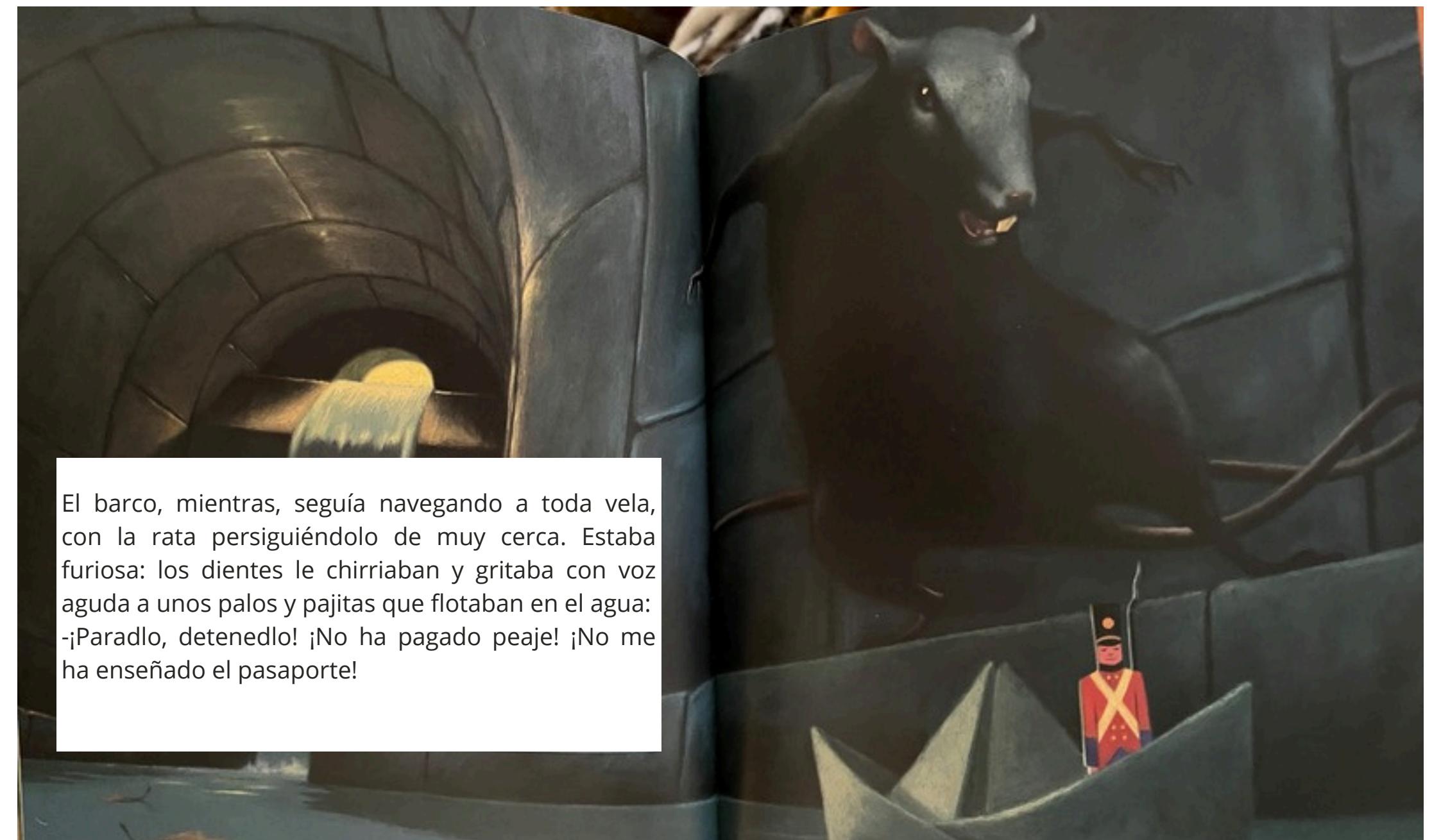
EL BARCO



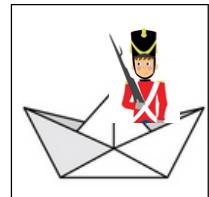
EL SOLDADITO



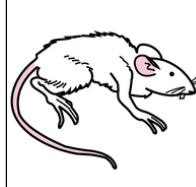
UNA RATA



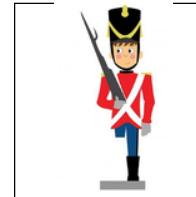
El barco, mientras, seguía navegando a toda vela, con la rata persiguiéndolo de muy cerca. Estaba furiosa: los dientes le chirriaban y gritaba con voz aguda a unos palos y pajitas que flotaban en el agua: -¡Paradlo, detenedlo! ¡No ha pagado peaje! ¡No me ha enseñado el pasaporte!



EL BARCO



LA RATA



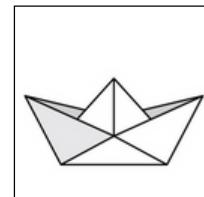
EL SOLDADITO

Pero nadie podía detener el barco, porque la corriente era cada vez más fuerte. De repente, el soldadito vió brillar la luz del día en el fondo del túnel, y al mismo tiempo sintió un estruendo que habría asustado al más valiente. Y es que, ¡imágenelo!, al final de la cloaca había un salto de agua tan peligroso para el soldadito como para nosotros lo sería una cascada.

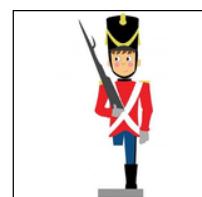
Pero, ¿qué podía hacer el soldadito? ¡Estaba tan cerca del precipicio! El barco cayó en picado y el valiente soldadito de plomo se aguantaba de pie como podía; nadie hubiera podido acusarle ni siquiera de haber parpadeado. Al llegar al fondo, el barco se giró tres, cuatro veces, se llenó de agua y empezó a hundirse. El soldadito de plomo estaba con el agua hasta el cuello y el papel empezaba a rasgarse por diferentes puntos.

Cuando el agua ya le cubría completamente la cabeza, el soldadito pensó en la pequeña y bella bailarina a la que nunca podría volver a ver nunca más, y entonces le pareció oír una canción:

*¡Sigue adelante, soldado,  
que la muerte no te pare!*



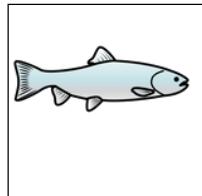
EL BARCO



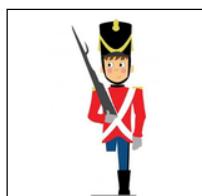
EL SOLDADITO



EN LA BAILARINA



UN PEZ SE COMIÓ



AL SOLDADITO.

7

Pero entonces el papel se acabó de desgarrar y el soldadito cayó en el agua, donde un pez lo vió y se lo tragó.

Ahora plano, ¡ahí sí que estaba oscuro! Más que en la alcantarilla; y, por si fuera poco, era mucho más estrecho. Sin embargo, el soldadito de plomo se mantuvo firme, firme como estaba, y no dejó de coger el fusil con fuerza.

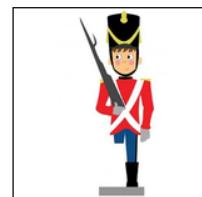
De repente, el pez salió disparado y empezó a moverse con gran violencia, dando unos golpes de cola espantosos. Finalmente se quedó completamente quieto.

Unas horas más tarde, un rayo de luz brilló dentro del pez y alguien gritó:

—¡Un soldadito de plomo!

¿Sabéis lo que había pasado? Pues que habían pescado al pez, lo habían llevado al mercado, lo habían vendido y ahora estaba en una cocina, donde una chica lo acababa de abrir de por medio con un cuchillo muy grande.

La joven cogió al soldado por la cintura con los dedos y se lo llevó al comedor para que todo el mundo viera aquel personaje tan extraordinario que había viajado en la barriga de un pez. Sin embargo, el soldadito de plomo no estaba nada orgulloso, porque no daba ninguna importancia a la aventura que acababa de vivir.



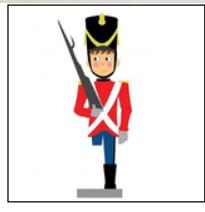
ENCONTRARON AL SOLDADITO



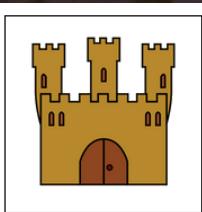
La chica puso al soldadito sobre la mesa y allá..., bueno, mira que en este mundo pasan cosas muy extrañas...: el soldadito de plomo se dió cuenta de que estaba en la misma habitación desde donde había caído a la calle poco antes. Vió a los mismos niños, los mismos juguetes sobre la mesa y también el precioso castillo con la bella bailarina frente a la puerta... Todavía estaba en la misma posición: bien derecha sobre una sola pierna.

Cuando vió a la joven bailarina, el soldadito se emocionó tanto que estuvo a punto de derramar lágrimas de plomo sobre el suelo; pero se aguantó, porque un soldado no debe llorar.

Él la miró y ella le miró a él, pero no se dijeron nada.



EL SOLDADITO



EL CASTILLO



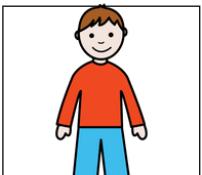
LA BAILARINA

Entonces ocurrió algo muy extraño: uno de los niños cogió al soldadito y, sin dar ninguna explicación, lo tiró en la estufa. Seguro que había sido cosa del duende...

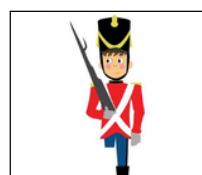
El soldadito de plomo notó un calor horroroso, pero no sabía a ciencia cierta si se debía al fuego o al amor que sentía por la bailarina.

Estaba perdiendo los colores, aunque nadie pudo decir si era a causa del viaje o de la pena. Miró a la joven bailarina y ella le devolvió la mirada, y sintió cómo se fundía; pero incluso entonces se mantuvo firme y con el fusil en la espalda.

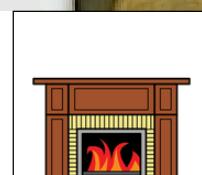
De repente se abrió una puerta y la corriente de aire se llevó la bailarina, que, al ser de papel, voló por los aires hasta la estufa, donde cayó junto al soldadito de plomo, se encendió con una gran llamarada y se consumió.



UN NIÑO TIRÓ



EL SOLDADITO



LA CHIMENEA.



DUENDE



Y LA BAILARINA



El soldadito de plomo, mientras, acabó de fundirse y se convirtió en una bolita. A la mañana siguiente, cuando la criada recogió las cenizas, encontró un pequeño corazón de plomo.

¿Y qué se hizo de la bailarina? De ella sólo quedaba la lentejuela, negra como el carbón.





